

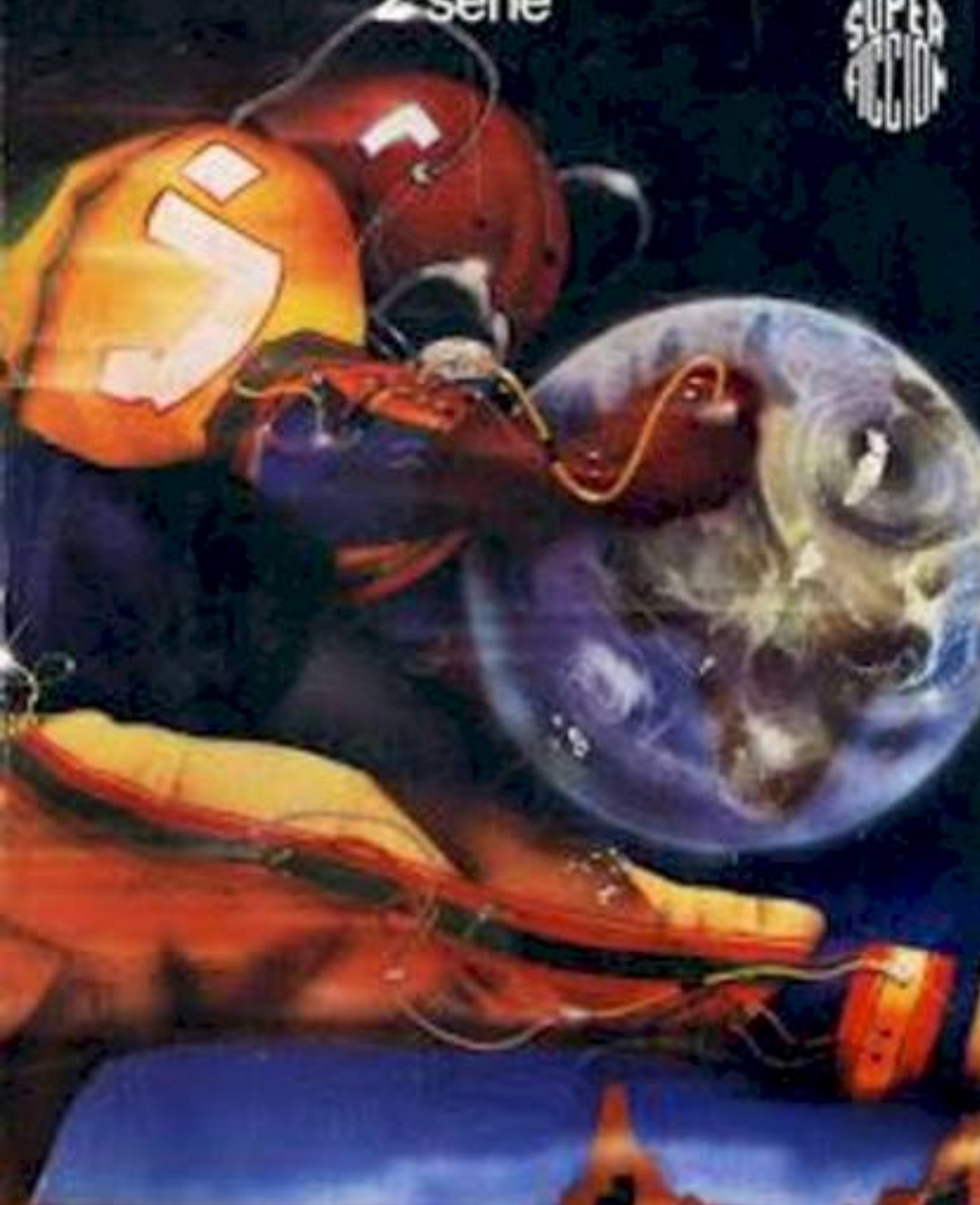
POHL/ELLISON/BESTER/POUL ANDERSON

Selección de E. FERMAN

LO MEJOR DE "FANTASY & SCIENCE FICTION"

2ª serie

SUPER
FICTION



Despareja pero aún así interesante antología de relatos aparecidos en la revista Fantasy & Science Fiction, con dos joyas: El pajarito de la muerte, de Harlan Ellison y Tarde o temprano o nunca jamás, de Gary Jennings.

En esta antología aparecen los siguientes relatos:

Shaffery entre los inmortales («Shaffery among the Immortals»), de Frederik Pohl.

Un batería diferente («A Different Drummer»), de Raylyn Moore.

El Pájaro de la Muerte («The Deathbird»), de Harlan Ellison.

Nacido para el exilio («Born to Exile»), de Phyllis Eisenstein.

Así nos traiciona el amor («Thus Love Betray Us»), de Phyllis MacLennan.

La feria de los animales («The Animal Fair»), de Alfred Best.

¿Es el fin del mundo? («Is it the end of the world?»), de Wilma Shore.

El oso del nudo en la cola («The Bear With the Knot on His Tail»), de Stephen Tall

Ligue («Birdlime»), de B. L. Keller.

El problema del dolor («The Problem of Pain»), de Poul Anderson.

Tarde o temprano o nunca jamás («Sooner or Later or Never Never»), de Gary Jennings.

Shaffery entre los inmortales

Frederik Pohl

Uno de los acontecimientos más felices de 1972 en la ciencia ficción fue el retomo de Frederik Pohl a la actividad literaria tras casi una década de servir a la literatura como editor y conferenciante. Una de las primeras narraciones de esta nueva época de Pohl fue este cuento cargado de ironía sobre Jeremy Shaffery, un astrónomo inepto y melancólico que se pasa la vida soñando que un descubrimiento sensacional hará famoso su apellido y que un día, por puro accidente, lo logra.

Jeremy Shaffery tenía un poco del cerebro de Einstein, aunque quizá no brillara en los momentos más importantes. Cuando Einstein se dio cuenta por vez primera de que la luz tenía una masa, se sentó ante una mesa y le escribió a un amigo contándole el hallazgo, al tiempo que describía la idea que se le había ocurrido como «divertida e infecta». Shaffery hubiera querido también tener alguna idea como aquélla, aunque probablemente hubiera sido incapaz de reconocer las derivaciones de las ecuaciones de Maxwell.

Shaffery se parecía un poco, por su físico, a Einstein, y acentuaba aquel parecido de manera especial con su cabello, hasta que éste empezó a caer. Como Einstein, era amante de navegar. Nuestro hombre tenía un trimarán de seis metros amarrado al embarcadero del observatorio. Su propensión al mareo le obligaba a utilizarlo en muy pocas

ocasiones. Una de las cosas que más le envidiaba a Einstein eran los lagos suizos, pulidos como espejos, que tan deliciosos resultaban comparados con el litoral caribeño y su oleaje. A pesar de todo, al final de sus largas jornadas comparando fotografías de estrellas o intentando descubrir con el espectrógrafo algún compuesto químico ignorado en el polvo interestelar, iba a veces con su barca neumática amarilla a dar una vuelta por la caleta.

Le servía de descanso y, además, era un lugar al que su esposa no lo seguía nunca. Aquello era algo muy importante para Shaffery, pues la suya era una mujer muy difícil de tratar, una amargada crónica porque él siempre enfocaba su empleo y su carrera en la dirección equivocada. Si es que alguna vez había sido una compañera agradable, debía hacer ya mucho tiempo que dejó de serlo. Shaffery tenía dudas sobre si tal cosa había ocurrido algún día, pues recordaba que habían sido precisamente las protestas cargadas de desprecio de su mujer las que le habían obligado a dejar de lado la otra gran afición del maestro, el violín.

En la época en que Shaffery se convirtiera en director del Observatorio Carmine J. Nuccio, en las Antillas menores, empezó a parecerse cada vez menos a Einstein para asemejarse más y más a Edgar Kennedy. Las noches de buena visibilidad escudriñaba los cielos inexorablemente con el reflector de veintidós pulgadas, con la esperanza puesta siempre en una futura gloria. Los días que no dormía vagaba por la cúpula como un fantasma, pasaba los dedos por los escritorios en busca de polvo, le sisaba latas de conservas caseras de setas al señor Nuccio, trataba de convencer a sus dos ayudantes de que se acordaran de cerrar la abertura de la bóveda cuando lloviera, a lo que éstos no prestaban mucha atención, pues sabían quién era el que les podía hacer la vida imposible, y no era Shaffery precisamente. Tenía pocos amigos, pues la mayor parte de los vecinos no podían soportar a su mujer, y algunos tampoco le aguantaban demasiado bien a él mismo. Había una simpá-

tica anciana alcohólica venida de Inglaterra que tenía una casita coquetona en la playa, una especie de comuna hippie en el otro extremo de la isla y un comentarista de televisión de Nueva York que sólo se dejaba caer por allí los fines de semana. Shaffery hablaba en alguna ocasión con ellos cuando no estaban borrachos, pasados o ausentes, respectivamente, lo que no acostumbraba a suceder muy a menudo. El único al que tenía verdaderas ganas de ver era al hombre de la televisión, pero siempre se presentaban obstáculos para relacionarse con él. El mayor de tales obstáculos residía en que aquel vecino se pasaba la mayor parte del tiempo escurriendo el bulto. El otro obstáculo era que Shaffery había descubierto que en alguna ocasión se había acostado con la señora Shaffery. No era la consideración moral del asunto lo que preocupaba a Shaffery, sino las dudas que surgían sobre la capacidad mental de aquel hombre. Nunca hablaba con él del tema, en parte porque no tenía la absoluta seguridad y en parte porque el comentarista le había medio prometido presentarlo en su programa. En alguna ocasión, le había dicho.

De todos modos, para ser justos con Shaffery cabe decir que no era un mal hombre. Al igual que Frank Morgan, su problema residía en que no era un gran genio. Los grandes resultados siempre quedaban lejos de él.

El método de Einstein, que había estudiado con asiduidad durante años, le iba a servir para formular una hermosa teoría. Posteriormente vería si, por alguna casualidad, las observaciones de los hechos que acaecieran en el mundo real la confirmaban. Shaffery tenía gran confianza en aquel método, pero éste no parecía funcionar de acuerdo con sus grandes esperanzas. Cuando asistió a la reunión de la Triple A-S de Dallas tuvo oportunidad de leer una comunicación suya, de cerca de una hora, sobre la Teoría del Principio de Relevancia. Se trataba de una de esas típicas ideas einsteinianas de las que él presumía. Incluso había desarrollado unas explicaciones simples para los legos en la materia, co-

mo había hecho Einstein con aquellos ejemplos de sentarse en un horno caliente o de estrechar las manos de una belleza. «La Teoría de la Relevancia — ensayada ante las pequeñas ondulaciones de la cúpula— significa simplemente que aquellas observaciones que no se pueden relacionar con nada, no existen. Les evitaré a ustedes los cálculos matemáticos porque —aquí unas risitas como desaprobándose a sí mismo— no puedo rellenar ni siquiera la declaración de la renta sin equivocarme.»

En fin, había desarrollado las matemáticas y había inventado signos y factores propios, como había hecho Einstein, pero al final pareció haber tenido algún error. Ante la audiencia de la AAAS, que se agitaba y susurraba entre sí tapándose la boca con la mano, arriesgó toda su fama científica al predecir que durante su siguiente oposición el espectro de Marte mostraría un desplazamiento hacia el violeta, pequeño pero detectable, de unos ciento cincuenta ángstroms. El hijo de puta del planeta no hizo tal cosa. Un miembro de la audiencia, que era estudiante graduado de Princeton y que estaba a punto de escoger el tema de su tesis doctoral, eligió la teoría de Shaffery y realizó las observaciones pertinentes, para, con airada satisfacción, remitirle más tarde las pruebas de que Marte había permanecido obstinadamente rojo.

El año siguiente los seleccionadores de la Unión Astrofísica Internacional le permitieron, tras algunas discusiones, veinte minutos de tiempo para una Breve Introducción a la Consideración General de Ciertas Anomalías Electromagnéticas. En ella ofrecía treinta y una páginas de cálculos que le llevaban a concluir que el siguiente eclipse lunar se produciría cuarenta y dos segundos más tarde de lo previsto. No fue así. El eclipse tuvo lugar justo cuando se había señalado. En la reunión del Simposium Mundial de la Ciencia del Espacio le comunicaron con gran pesar que la falta de tiempo y de espacio les impedía incluir su, sin duda alguna, valiosa contribución, y para cuando se celebró la si-

guiente ronda de conferencias ya no le enviaron siquiera invitaciones.

Mientras tanto, todos aquellos otros tipos que conocía se iban haciendo grandes. Shaffery seguía con tristeza las carreras de sus contemporáneos. Uno de ellos era Hoyle, que todavía sacaba gran partido de su Hipótesis del Estado Continuo, y también estaba Gamow, aún reverenciado por lo del Big Bang, y más recientemente personas como Dyson, Ehricke y Enzmann que avanzaban una serie de ideas que, según Shaffery, si se juzgaban con objetividad, no eran mejores que las suyas, excepto por un detalle: no se sabía cómo, las de los demás siempre parecían tener suficiente suerte para hallar de vez en cuando pruebas que les dieran validez. No le parecía justo. ¿Acaso no era miembro él también de la Mensa? ¿Acaso no era tan bueno como los que encontraban el éxito? ¿No tenía él tantos honores y medallas como los otros? ¿Acaso resultaba menos fotogénico que ellos en las revistas o menos entretenido y brillante en los debates? (Y más aún si Larry Nesbit le ofrecía la oportunidad de la televisión). ¿Por qué ellos triunfaban y él no? Había tomado en consideración la teoría de su esposa y la había rechazado: «Tu problema, Jeremy —le decía ella—, es que eres imbécil.» Pero él sabía que no se trataba de eso. ¿Quién no hubiera dicho que Isaac Newton no era también un imbécil si hubiese estudiado de cerca su anormal teología o sus crisis nerviosas? Y sin embargo, ¡hasta dónde había llegado!

Por ello, Shaffery seguía buscando algo que le hiciera grande. Y lo buscaba por todas partes. En ocasiones hacía comprobaciones con una calculadora sobre los análisis de la órbita de Marte realizados por Kepler para buscar errores aritméticos (y encontró algunos, hasta media docena, pero con la maldita mala pata de que unos se anulaban a otros, lo cual demuestra lo difícil que resulta equivocarse cuando se tiene el santo de cara). Otras veces ofreció premios de cinco dólares a los chicos de la localidad si encontraban es-

trellas nuevas que pudieran convertirse en novae de Shaffery o, por lo menos, en cometas Shaffery. No tuvo suerte. Un ambicioso esquema destinado a describir la balística estelar por analogía con la actividad de los radicales libres en las moléculas enzimáticas se derrumbó cuando ninguno de los bioquímicos a los que escribiera le contestó.

El número de fallos fue aumentando. Tenía un cajón entero del escritorio lleno de revisiones de grandes teorías explotadas en tiempos pasados: «Un nuevo repaso al Flogistón», incompleto porque cuanto más se profundizaba en él menos parecía haber nada que repasar; un manuscrito llamado «La Tierra plana revisada», que nadie había querido publicar; trescientas páginas de dibujos de círculos cada vez más pequeños y cada vez más caprichosos para ver si los epiciclos de Copérnico podían explicar de algún modo lo que había hecho el planeta Mercurio para que Einstein lo considerara una prueba de su teoría de la relatividad. De tiempo en tiempo se sentía inclinado a intentar hallar una base científica para la astrología y la quiromancia, o a predecir los pasos de las partículas cargadas de nubes producidas en el laboratorio mediante las ramitas de sauce. Nada había resultado. Cuando se encontraba realmente desesperado pensaba en abandonar el campo de la ciencia pura y dedicarse a la industria, de ahí el fajo de diseños de coches movidos por energía nuclear, los experimentos de aromaviación que le habían destruido permanentemente los nervios de la parte izquierda de la nariz y el intento de conservar algunas de las setas del señor Nuccio mediante radiaciones de rayos X en la consulta de su dentista. Sabía que tales cosas no eran propias de un hombre de su valía, pero así y todo en ninguno de los intentos le fue mejor que en las investigaciones puras. En ocasiones soñaba con lo que hubiera sido dirigir el observatorio de Monte Palomar o Jodrell Bank, con cincuenta ayudantes dedicados a consolidar con pruebas sus intuiciones. Pero no tenía tal fortuna: sólo disponía de Cyril y James.

Sin embargo, en el fondo aquello no era tan terrible, puesto que allí no tenía muchas interferencias de las que preocuparse. El observatorio en que estaba empleado, el último de una cadena de once que le habían procurado su actual posición desde que terminara los estudios, no parecía tener muy en cuenta lo que hiciera, mientras no molestara a los que lo dirigían. Por otro lado, tampoco se podía decir que le proporcionaran mucho apoyo.

Lo más probable es que no supieran cómo hacerlo. Los propietarios del observatorio eran algo llamado Compañía Limitada de Mantenimiento de Máquinas Automáticas de las Antillas Menores. Por lo que le había contado un antiguo compañero de estudios con el que todavía conservaba cierta amistad, se trataba en realidad de una especie de tapadera para evadir impuestos mantenida por un sindicato del juego de Las Vegas. A Shaffery le traía sin cuidado, aunque de tanto en tanto se hartaba de oír que los dos únicos astrónomos que importaban eran Giovanni Schiaparelli y Galileo Galilei. Pero ésta era sólo una molestia de poca importancia. El gran cáncer que le corroía era que cada año que pasaba era un año más viejo y la fama no llegaba.

En las periódicas temporadas de abatimiento que sufría (y que incluso había intentado relacionar con las oposiciones de Júpiter, las lluvias de meteoritos o los periodos de su esposa, sin que ninguno de tales intentos se viera coronado por el éxito) jugaba con la idea de dejarlo todo y dedicarse a otra profesión más gratificadora. La banca, los negocios, las leyes. «Presidente Shaffery», sonaba bien si decidía entrar en la política. Pero en aquellos momentos sacaba al agua su barca neumática, se hacía con dos bolsas de seis latas de cerveza danesa, las engullía y se dejaba mecer. Tras la segunda botella empezaba a desarrollar un plan para detectar las ondas gravitatorias mediante análisis estadísticos de cuarenta mil pacientes agudos de gota, que deberían telefonar sobre el estado de sus dolores a un servicio central de computadoras.

En una de tales noches llevó la barca neumática a la orilla situada junto al observatorio, se quitó las sandalias, se arremangó los pantalones y se subió a la minúscula embarcación. Era el primero de año; lo más parecido al invierno de que disfrutaba la isla, lo que significaba sobre todo que oscurecía antes. Para él resultaba una mala época, porque la noche siguiente tendría lugar la reunión anual del Consejo Directivo. Los dos primeros años había considerado que se trataba de oportunidades, pero ya hacía muchos años que había dejado de esperar tal cosa. Su objetivo para la reunión que se le echaba encima era simplemente sobrevivir a ella, y para ensombrecer todavía más el panorama había oído algo de un sobrino político del jefe que era astrónomo graduado de la U.C.L.A.

La barca neumática de Shaffery no era propiamente una embarcación, sino el tipo de juguete infantil que cada año causa la muerte en las playas de todo el mundo por lo menos a una docena de muchachitos de menos de diez años. Medía menos de dos metros. Cuando por fin logró colocarse de espaldas sobre el costillar del fondo a base de vueltas y meneos, con la cabeza apoyada en una de las puntas y los pies chapoteando en el agua por la otra, dio toda la impresión de estar simplemente haciendo el muerto en un mar calmo y sin la molestia de mojarse. Abrió la primera lata de cerveza y se relajó. La marejadilla le envolvió y le hizo dar vueltas; una suave brisa competía con la débil marea de la isla, y ambas se combinaban para arrastrarle hacia dentro, sin rumbo alguno, a más o menos tres metros por minuto. No importaba. Todavía estaba en la rada, protegida por islotes o bancos de arena de poca profundidad en su entrada. Si por algún milagro meteorológico repentino surgía una tormenta de aquel cielo límpido y bruñido, el viento no podría arrastrarle más que a la orilla o a algunos de los islotes. Además, no había posibilidad alguna de que tal

tormenta surgiese. En cuanto quisiera podía remar un poco con la misma facilidad con que empujaba la esponja de un lado a otro de la bañera durante el baño, ruta que acostumbraba a practicar todos los días una vez, por lo menos, y en ocasiones hasta seis veces diarias, sobre todo en las temporadas en que su esposa estaba particularmente odiosa. El cuarto de baño era su otro refugio. Su esposa nunca lo perseguía hasta allí pues la habían educado demasiado bien como para correr el riesgo de sorprenderlo sin querer haciendo algo obsceno.

En la cima de las suaves colinas se podía ver la cúpula de color cobrizo corrompido del observatorio. Apreció un aumento de luminosidad que le indicó que su ayudante acababa de abrirla, pero las luces mostraban claramente que no la estaba utilizando para ningún propósito astronómico. Era algo fácil de deducir. Cyril había encendido las luces para que la mujer de la limpieza dejara el lugar impoluto para la reunión del Consejo, y había dejado abierta la rendija del telescopio para que se notara que estaba en funcionamiento. Shaffery dobló la lata en una uve, la dejó caer en la barca y abrió otra. Todavía no se había tranquilizado, pero ya no se sentía tan mal como antes. Por lo menos, Cyril no usaría el telescopio para estudiar las ventanas del hotel «Bon Repos», al otro lado de la bahía, pues la última vez que le había sorprendido en tal actividad había fijado los mandos de elevación de modo que nunca más pudiera bajarse por debajo de la línea del horizonte. Apartó de su mente una visión inquietante y fugaz de Idris, la mujer de la limpieza, la más vieja y también la más despierta, limpiando el espejo del telescopio con algún detergente infecto, echó varios tragos de cerveza, empezó a pensar con nostalgia en la Teoría de la Relevancia y lo cerca que había llegado de la solución en el asunto de los epiciclos, y dejó libre por fin su mente a pensamientos constructivos.

El sol se había ido ya por completo, y sólo quedaba un tenue y luminoso color púrpura en dirección de la costa ve-

nezolana. Casi directamente sobre su posición se apreciaban las tres estrellas brillantes del cinturón de Orión, que titilaban como las señales de tráfico de las líneas de ferrocarril, y alrededor de ellas el brillo aún mayor de Sirio y Proción. Una vez sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad fue advirtiendo las estrellas de la espada de Orión e incluso la débil mancha de luz que indicaba la posición de la gran nube de gas. Se encontraba ya a suficiente distancia de la orilla como para que no llegara de ella ruido alguno, y ello le animó a llamar suavemente a las cuatro estrellas de primera magnitud que formaban el gran cuadrado en el que se encerraba aquella constelación:

—¡Hey! ¿Qué tal, Betelgeuse? ¡Hola, Bellatrix! ¿Cómo va, Rigel? ¡Me alegro de verte, Safo!

Echó una mirada un poco por encima de la roja Aldebarán a las gemelas de las Pléyades, volvió de nuevo a Orión y, ya despreocupado, llamó en voz alta a las estrellas del cinturón:

—¡Hey, Alnitak! ¡Eh, Alnilam! ¿Cómo va, Mintaka?

El problema de beber cerveza en la barquichuela era que se tenía que doblar la cabeza contra el pecho y tal cosa dificultaba el eructo necesario tras cada lata. Sin embargo, Shaffery arqueó un poco el cuerpo sin que le importase el poco de agua que entró en la barca, eructó con tranquilidad, abrió otra lata y siguió contemplando, complacido, las estrellas de Orión. Le satisfacía saber tanto sobre aquellas lucecitas que brillaban sobre él. Repasó brevemente sus conocimientos: los árabes les habían puesto el nombre de Jauzah, que significaba las cabezas de oro, los chinos pensaron que parecían una balanza, y los groenlandeses las llamaban Siktut, «Los cazadores de focas perdidos en el mar». Cuando se disponía a proseguir con lo que de ellas pensaban los aborígenes australianos (que decían que eran tres hermanos bailando una danza ritual), su mente se detuvo en lo de los cazadores de focas perdidos. «Umm», se dijo. Alzó la cabeza y miró hacia la orilla.

Se encontraba ya a más de cien metros, lo que era bastante más de lo que quería, por lo que viró la embarcación, se orientó por las estrellas y se dispuso a remar un poco. Era fácil y agradable remar en aquella paz. Utilizaba una especie de remo de doble pala muy ancho, de las del antiguo modelo denominado «alas de ángel» y, como el peso de su cuerpo y el de la barca era muy poco, avanzó con rapidez. Disfrutaba con aquel ejercicio, con los dedos de manos y pies surcando cómodamente las tibias aguas, de las que surgían pequeños fantasmas fosforescentes donde hundía la pala. De repente, sin ningún aviso, una de sus manos chocó ásperamente y de lleno contra algo resistente, sólido y grande donde sólo debería haber habido agua. Era algo que se movía con tenacidad, algo rasposo como una lima. «Dios mío —pensó—, qué cosa tan asquerosa.» Un tiburón, con lo raro que era que se acercaran por allí. Qué vergüenza para un hombre que pretendía emular a Einstein acabar destrozado entre las mandíbulas de uno de aquellos bichos.

No era un mal hombre en realidad; lo primero que cruzó por su mente fue la pérdida que significaría su muerte para la ciencia, para sólo un poco más tarde pensar en cómo sería sentirse despedazado y engullido.

Sacó las manos del agua y las cruzó sobre el pecho, cruzó los pies sacándolos del agua y se acurrucó en el bote con las rodillas junto a las sienes. No había dejado nada cerca del agua que sirviera de carnada al animal. Por otra parte, no encontraba modo alguno de acercarse a la orilla. No podía gritar, el viento estaba en contra. Podía esperar a ser atraído cerca de uno de los islotes, pero si no lo conseguía se encontraría en mitad del océano en menos que cantara un gallo.

Shaffery estaba seguro de que los tiburones rara vez atacaban las embarcaciones, aunque sólo fueran de goma. Con su pensamiento analítico llegó a la conclusión de que tal cosa no tenía una gran relevancia. Una barquichuela co-

mo aquella podía volcar con gran facilidad. Si aquel animal se decidía a devorarlo, nadie se daría cuenta de ello hasta que fuera demasiado tarde.

Sin embargo, había unas cuantas consideraciones que le daban un poco de ánimo. Aunque se tratara de un tiburón y tal monstruo fuera capaz de destrozar el bote o de tragárselo entero con él y todo, le quedaba la esperanza de que eran animales enormemente estúpidos. ¿No era posible que simplemente no hiciera nada si no le importunaba ningún ruido o movimiento brusco, si no había sangre o cualquier otra cosa por las que era sabido que se interesaban aquellos animales? Quizás estaba ya a medio kilómetro de él.

Pero no, porque en aquel mismo instante oyó el ruido de un cuerpo de gran tamaño que irrumpía en la superficie a un palmo de su cabeza. Shaffery podía haberse dado la vuelta y mirar, pero no lo hizo; siguió absolutamente quieto, atento al ruido tranquilo del agua, hasta que éste fue roto por una especie de sonido respiratorio y luego por una voz. Una voz humana, que dijo:

—¿Qué, cagado de miedo, no? ¿Que me dice, Shaffery? ¿Quiere que le remolque a la orilla?

No era la primera vez que encontraba a Larry Nesbit practicando submarinismo en la cala, pero sí era la primera ocasión que le veía allí de noche. Shaffery se volvió y observó el rostro sonriente de Nesbit y la cortina de cabello que le caía sobre los ojos. Le llevó algunos segundos pasar de la imagen de un tiburón de seis metros a la de una estrella de la televisión de apenas uno setenta.

—Vamos —prosiguió Nesbit—. ¿Qué me dice? Bueno, diga lo que diga, le arrastraré y luego le dejaré invitarme a una copa de ese añejo whisky de Nuccio y le escucharé alguna nueva teoría sobre el sistema antigravitatorio que va a inventar hasta que no pueda aguantar más de risa.

¡Aquel Nesbit! ¡Sabía cómo jugársela! La consecuencia fue que al día siguiente Shaffery tenía una terrible resaca; y

no sólo era el dolor de cabeza, sino el tener que acudir a cada momento al lavabo y sólo ser capaz de digerir un poco de soda. Deseaba, o casi, estar muerto. (Aunque, por supuesto, no antes de hacer algo que realmente le inmortalizara, fuera lo que fuese.)

No sólo era la resaca la causa de su malestar. La mañana siguiente tenía que estar muy ocupado y se sentía totalmente incapaz de hacer nada en absoluto. Siempre había una actividad desacostumbrada cuando se celebraba la reunión del Consejo de Dirección para discutir los acontecimientos astronómicos del año, o lo que fuese lo que discutían en la sesión de tarde, a la que Shaffery no estaba invitado. Cada director llegaba por su lado con un par de asistentes. Uno tras otro iban llegando al embarcadero los yates de doce metros preparados para la pesca de altura que llevaban a los hombrecitos rechonchos con sus pantalones marinos y sus camisas hawaianas. El automóvil del observatorio, que nunca utilizaba ninguno de los empleados del laboratorio, estaba limpio, engrasado y lleno de gasolina para llevar a los personajes desde el embarcadero de Jubila, en la otra punta de la isla, hasta Comray Hill, donde estaba el laboratorio. Shaffery se retiró a su recinto privado. Nunca le había contado a su esposa que no se le permitía la entrada en el observatorio los días de reunión de directores, así que ella no le buscaría. Se pasó la mañana en la choza embreada donde se había guardado una temporada el material fotográfico, hasta que se descubriera que la humedad hacía saltar la emulsión de los papeles especiales para fotografías estelares. Ahora aquel reducto se había convertido ya en su casa lejos del hogar. Lo había arreglado con un escritorio, una silla, una caja de cubitos, una cafetera y una cama.

Shaffery no prestó mucha atención a la actividad que se desarrollaba en el exterior, ni siquiera cuando los ayudantes de los recién venidos, que registraban metódicamente los matorrales y plátanos que rodeaban el observatorio, llega-